

833
M.

PQ2625

.E53

U88

vii

Se prohíbe su reproducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SEÑORITA DE FONTEROSE

I.

Diez años antes

El treinta de Octubre de mil ochocientos setenta, á las siete de la tarde, se apeaba del tren en la estación de Vannes, un viajero, procedente, no de París, que estaba ocupado por el ejército alemán, pero sí de la misma dirección de la gran capital.

Todo el vecindario de Vannes, estaba en la estación deseoso de saber lo que ocurría en París.

El ferrocarril era el único camino que los alemanes no habían podido cerrar á las noticias, y si bien, rara vez se podía deducir de ellas la verdad, siempre que llegaban los trenes, las poblaciones corrían en masa á la estación.

Segun unos, París se había levantado como un solo hombre, rompiendo las líneas enemigas y sembrando en ellas la desolación y la muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO

Segun otros, París habia sido ocupado sin resistencia, teniendo que capitular sus defensores para no morir entre sus ruinas.

Cada día era mayor la confusion y más discutida la verdad, á despecho del correo, el telégrafo y el vapor.

Sólo se sabia á ciencia cierta que la emigracion aumentaba por momentos: primero, en direccion á París; despues, en direccion á las provincias.

A medida que los alemanes avanzaban, las clases acomodadas retrocedian.

En Bretaña no cabian ya los emigrantes, siendo imposible encontrar alojamiento, no ya en las grandes fondas, sino que tampoco en las casas particulares, que se habian convertido en casas de huéspedes, para explotar la situacion.

Por consiguiente, un viajero más ó menos, no excitaba la curiosidad.

Por otra parte, el aspecto exterior del personaje que acababa de apearse del tren, era lo suficientemente adocenado para no llamar la atencion de nadie.

Parecia un hombre de sesenta años de edad, de rostro demacrado, ennegrecido por los rayos del sol y surcado de arrugas, de nariz aguileña y de labios pálidos y apretados. No tenia barba, y sólo una parte de su cabeza estaba cubierta por algunos mechones de pelo canoso y áspero. Sus ojos eran pequeños, de mi-

rada penetrante, y se agitaban sin cesar bajo sus espesas cejas.

No llevaba guantes, y el color de sus manos revelaba la costumbre del trabajo.

Su traje era del color del hábito de los monjes de la Trapa, y llevaba cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, como la gente del campo.

Sin embargo, su conjunto inspiraba simpatías.

Al llegar á la estación se apeó, y sin preguntar á nadie, siguió el camino apoyado en su baston.

A corta distancia de la estación, habia un cochecillo y, al ver á nuestro desconocido, un aldeano como de veintiocho años, que ocupaba el pescante, se bajó, y dirigiéndose hácia él, le dijo:

—¿Sois el señor Noel Trelan?

El desconocido contestó.

—Sí.

—Mi padre ha recibido vuestra carta, repuso el aldeano. Soy Ibo Kerandal, y vengo á buscaros.

Ibo Kerandal era, salvo la diferencia de edad, el vivo retrato del desconocido.

Tipo del verdadero Breton, rudo y á la vez bueno, una triste melancolía se extendia por sus facciones groseramente esculpidas, como el barniz se extiende sobre el lienzo de un cuadro.

Cogió al caballo por la brida, y dijo al desconocido:

—Subid. Es muy tarde, el cielo amenaza tempestad y tenemos que andar siete leguas.

Después de tomar asiento el desconocido en el carruaje, el aldeano se subió al pescante y arreó al caballo.

El coche atravesó, produciendo un ruido infernal, las calles de Vannes, tortuosas y mal alumbradas.

Al salir de la ciudad, tomó el camino de Josselin.

Poco á poco se fué rompiendo el hielo entre el conductor y el viajero.

El caballo, ocultando las orejas entre sus negras crines, devoraba el espacio.

Ibo hizo el elogio de sus buenas cualidades.

Tenia doce años. Era un animal infatigable, lo mismo para tirar de un carruaje que para la silla y el arado.

Pero su mérito principal consistía en salvar las arenosas lagunas de las landas.

De los elogios del caballo pasaron á las confidencias íntimas.

Noel Trelan contó á su conductor que era primo hermano de su padre, Pedro Kerandal, que habia abandonado su país hacia mas de cuarenta años, yendo á París en busca de fortuna, aunque inútilmente, hasta que, después de haber rodado por el mundo, la suerte empezó á sonreírle en la isla de Borbon, gracias á su casamiento con una viuda joven y bien acomodada. Pero á los tres años de casado tuvo la desgracia de perderla, y resolvió vender todo cuanto poseía para acabar en paz su vida en la tierra

donde reposaban las cenizas de sus padres. En su consecuencia, habia partido para Francia; pero en vez de encontrar su país tranquilo, le encontraba destrozado por la guerra. ¿Qué empleo daría á sus ahorros? Esto era lo que mas le preocupaba, no tanto por él, como por una hija que tenia de diez años de edad y á quien habia dejado en un colegio del Havre.

No hacia mas que ocho dias que estaba en Francia. No conocía á nadie. Su primer pensamiento fué para Bretaña. La tierra en que se ha nacido atrae irresistiblemente. Cuando llegó á Vannes le pareció que respiraba con mas facilidad.

Entre tanto, iba anocheciendo.

Y aun que estaban á tres leguas de la costa, el aire del mar se hacia sentir demasiado.

A Noel Trelan empezaba á parecerle largo el camino, aunque el caballo seguia trotando con la misma rapidez con que salió de Vannes.

II

Las Landas de Santa Gilda

El carruaje entró en un camino estrecho lleno de baches, de entre los cuales podian salir difícilmente las ruedas.

—Mal camino, murmuró Ibo Kerandal; pero afortunadamente saldremos pronto de él.

—Mala noche para los viajeros y sobre todo para los pescadores, contestó Noel Trelan. Dentro de dos horas este viento será un huracán deshecho.

—Pero antes estaremos nosotros en Penhoet, dijo Ibo Kerandal. Solo nos falta atravesar las landas de Santa Gilda.

—Efectivamente, nuestros viajeros acababan de entrar en el territorio de Kerandal. Santa Gilda era su casa solariega, la cuna de la familia; pero como el mayorazgo no había tenido más que una hija, toda la fortuna de los Kerandal había pasado al marqués de Fonterose, que la poseía actualmente, mientras las demás ramas de la familia habían quedado pobres y arruinadas.

A los arenales de las landas sucedieron los campos cultivados, y el camino, á medida que más duro, era más fácil.

Ya estamos en las tierras del señor marqués de Fonterose, dijo Ibo Kerandal, de una manera que hubiera llamado la atención á una persona más suspicaz que Noel Trelan.

La perspectiva cambió de nuevo.

El camino atravesaba una vasta pradera cruzada por un río, que serpenteaba entre dos hileras de árboles; en una pequeña eminencia, se destacaba un viejo castillo, en medio de un bosque cuya extensión media más de una legua.

—Ese castillo debía ser nuestro, dijo á Noel Tre-

lan, Ibo Kerandal. En él han nacido nuestros padres. Somos parientes de su dueño; pero no nos mira como á tales, y cuando nos vé vuelve la cabeza. Sin embargo, no puede evitar que nos llamemos Kerandal, es decir, que llevemos el apellido de la más noble y antigua familia de Morbian.

Entonces Ibo, contó á Noel el estado de decadencia á que había llegado su familia.

Su padre estaba todavía en posesión de la heredad de Penhoet, pero no llevaba el título de barón, anejo á ella, porque era pobre, muy pobre, y por consiguiente, se llamaba, como su abuelo, Kerandal á secas.

Pudo hacer, gracias á su apellido, un buen matrimonio; pero habiéndose enamorado de una aldeana de Guehennec llamada La Hermosa Bretona, se casó con ella.

De aquel matrimonio, que agravó la situación de la casa, nacieron cuatro hijos; Jacobo, Corentin, Santa, que tenía doce años y que prometía ser tan hermosa como su madre, é Ibo, Jacobo sentó plaza de voluntario y partió para la guerra con las fuerzas levantadas por el marqués de Fonterose.

Corentin se hizo marino.

A Ibo quisieron mandarle á París, para hacer de él un sábio; pero Ibo prefirió dedicarse á la labranza y á hacer buenos quesos.

El verdadero criado de la casa lo era él.

Sus demás hermanos vivían en la holganza, consagrando toda su vida á los placeres de la caza y la pesca en los bosques y en las lagunas del marqués, con cuyos guardas tenían frecuentes altercados.

La pasión dominante del marqués era la caza, y todo lo perdonaba menos una invasión en sus bosques.

Toda la fortuna de los Kerandal estaba en sus manos.

Los demás individuos de la familia eran pobres.

Ibo estaba resignado con su suerte, pero Jacobo y Corentin tenían celos del marqués y le odiaban.

Pedro Kerandal estaba enfermo á la sazón.

Ibo atribuía su enfermedad al mal estado de los asuntos de la casa.

Noel Trelan, é Ibo Kerandal, llegaron por fin á Penhoet.

Un hombre de elevada estatura, de cabellos largos y grises, de facciones duras y de mirada penetrante, salió á recibirlos.

—Buenas noches, Noel, dijo al viajero. Entrad y descansad. que, despues de tan largo viaje, vendreis fatigado.

Tomaron asiento en la cocina al lado del fuego.

En las casas de campo de Bretaña, la cocina es la habitación principal.

—María Ana, dijo Pedro Kerandal al entrar, aquí

teneis á vuestro primo Noel Trelan, hijo de mi tío, que viene del fin del mundo á hacernos una visita. Es preciso tratarle como á quien es.

La aldeana de Guchennec, á pesar de tener ya mas de cuarenta años, merecía todavía el nombre de La Hermosa Bretona.

Al ver entrar á Noel Trelan se levantó, saludándole cortésmente.

—Despues de tan largo viaje, tendreis apetito, le dijo. Os esperábamos ¡ ara cenar.

En efecto, en la mesa habia un cubierto mas que de costumbre,

Mientras el ama y la criada de la casa daban la última mano á los preparativos de la cena, y desenganchaba Ibo el caballo para llevarle á la cuadra, el jefe de la familia conducía á su huésped y pariente á la habitación que le habian preparado.

La casa de los Kerandal, la casa solariega de aquella antigua familia, uno de cuyos individuos habia asistido al combate de los Treinta y otros acompañando á Duguesclin en sus empresas, estaba tan sólidamente construida, que, á pesar de las injurias del tiempo y de las infinitas reparaciones que habia sufrido, todavía se mantenía en pié; bien es verdad que la parte habitable era la mas reducida.

Pedro Kerandal iba de ante de Noel con un candelero de hierro en la mano, cuyo resplandor permitió ver á aquel nuevo extranjero en su patria, las in-

mensas salas que iban atravesando, frias, desiertas y sin otro adorno que los retratos de sus antecesores cubiertos de polvo y telarañas.

Las molduras doradas de las paredes y las pinturas de los techos, habian desaparecido bajo la influencia de la humedad.

La tormenta prevista por Ibo, empezó á desarrollarse. El viento azotaba los cristales de las ventanas y rugia amenazador en los cañones de las chimeneas, como si fuera gas que pugnase por romper la prision de las calderas. Los cimientos y las paredes crugian como los huesos de un esqueleto que se levantase de su tumba.

—Cuando yo era niño, en estas habitaciones habia movimiento y vida, dijo Noel tristemente.

—El tio del marqués nos trataba como parientes, contestó Pedro Kerandal. Pero desde entonces acá, los tiempos han cambiado mucho.

Los dos primos siguieron corriendo la casa.

Llegaron á una escalera de piedra que daba paso á una torrecilla que se elevaba en el centro del edificio, sirviéndole de coronamiento.

Un ancho corredor dividía la torre en dos partes, una que tenia vistas á la plaza de Penhoet y otra que daba hácia el campo.

En la parte que tenia vistas á la plaza estaba la habitacion destinada á Noel.

Su mobiliario se reducía á una cama de madera, de

respetable antigüedad, unas cuantas sillas de paja y una con tablero de piedra.

—Esta es vuestra habitacion, Noel, dijo. No os parecerá cómoda, pero mi situacion no me permite daros mejor alojamiento. En Santa Gilda, todo es seda y oro. Aquí todo es desnudez y miseria. Lo que allí tiran, aquí quisiéramos recogerlo.

—Estoy contento, y dormiré aquí como en un palacio.

Y volviéndose hácia Pedro, añadió:

—¿Hay ladrones en el pais?

Pedro se encogió de hombros.

—¡Ladrones! ¡Pobres gentes! ¿Y qué habrian de robar en mi casa?

Noel se quitó la cartera de viaje; al dejarla sobre la mesa produjo un eco metálico.

—¿Venís cargado de oro, primo? preguntó Pedro.

Noel no creyó que debia ocultar la verdad á Pedro. Habia vuelto á Bretaña con el proyecto de hacerse propietario, si encontraba una posesion que fuera de su agrado y de rendimientos seguros.

Este habia sido su dueño favorito cuando era pobre, y una vez rico queria verle realizado.

No era millonario, pero al fin tenia con qué vivir holgadamente, y por el pronto, traia en su cartera en billetes de Banco y en oro, ochenta mil francos, y en poder de un amigo tenia cuatrocientos mil.

Nadie conocia el importe de su fortuna ni sus proyectos.

Desembarcado en el Havre hacía algunos días, había dejado allí á su hija, tomando seguidamente el camino de Bretaña.

—Hace mas de cuarenta años que salí del país y no le he olvidado un solo día en todo este tiempo.

Pedro Kerandal había escuchado á Noel sin desplegar los labios y con los ojos clavados en la cartera de viaje que estaba sobre la mesa.

Con aquellos ochenta mil francos hubiera podido pagar todas sus deudas y librarse de las persecuciones de la justicia que á todas horas llamaba á su puerta.

Pedro Kerandal tenía el orgullo de su raza y le asustaba mas una humillacion que un crimen.

La primera idea que le sugirió el ruido metálico que produjo la cartera de Noel, fué la idea de un crimen.

Noel se lavó las manos y la cara, y cuando estaba limpiándose la ropa del polvo del camino, se oyó la voz de la criada que decia:—Señor, la cena espera.

Las siniestras ideas del señor de Penhoet se desvanecieron al entrar en la cocina.

Durante la comida, Noel contó la historia de los trabajos y de las peregrinaciones de su vida, hablando con verdadera emocion de su hija, encantadora criolla de cabellos rizados, ojos de fuego y talle esbelto como una palmera.

Se llamaba Juana.

Tambien hizo Noel un elogio cumplido de Santa, la hija de Pedro, que, á pesar de sus pocos años, era ya una mujer por el desarrollo de sus formas,

Al llegar á los postres, los dos primos eran los mejores amigos del mundo.

Noel, animado por las sonrisas de María Ana y por la cordialidad de Pedro Kerandal, reveló sus mas íntimos secretos.

Quería establecerse en el país y gozar en él de su fortuna.

María Ana estuvo á punto de decirle:

—Comprad nuestra casa y así nos evitareis la vergüenza de vernos arrojados de ella.

Pero una mirada de su marido selló sus labios.

Limitóse, pues, á lamentar los rigores de la suerte, que apenas les permitian atender á las necesidades de su numerosa familia, cuando las cosechas no eran buenas.

Pero despues cayó en la cuenta de que Noel estaria cansado, y aplazó para el día siguiente la relacion de sus desventuras.

Despues de un brindis general, la criada acompañó á Noel hasta su habitacion, en la cual se proponia pasar la noche en un sueño.

Santa é lbo se recogieron tambien, quedando solos en la cocina María Ana y Pedro Kerandal.

IV

La tentación

Durante algunos minutos no se dirigieron la palabra marido y mujer.

Dentro de la cocina no se oía mas ruido que el de la péndola del relój.

Fuera, el viento seguía silbando.

—Es una verdadera tormenta, dijo María Ana. ¡Pobres de los que crucen el mar á estas horas!

Pedro, que acababa de llenar y encender su pipa, no contestó ni se movió.

—¿En qué piensas? le preguntó su mujer despues de una breve pausa.

—En nada.

—Sí, Pedro, algun pensamiento te martiriza. Sólo te he visto tan preocupado el dia que Jacobo salió para la guerra.

—¡Con nuestro vecino el marqués de Fonterose! Es verdad. El contraste entre los primos no podia ser mayor. El marqués con su gran uniforme bordado de oro, Jacobo con el capote de soldado y sin un céntimo en el bolsillo. No teníamos nada que darle, ¡Qué humillacion!

—¿Sabes lo que se dice de la guerra? preguntó

María Ana en cuanto se calmó la irritacion de su marido.

—No, contestó Pedro. Me dan bastante en qué pensar mis propios asuntos, El dia que se haga la paz, tendremos que pagar nuestras deudas, es decir, nos echarán á la calle nuestros acreedores, porque lo único que poseemos es esta casa. Ya no hay en el país quien nos preste veinte francos. ¿Qué nos importa á nosotros a guerra? Penhoet está muy lejos de la frontera, y, por consiguiente, nada tenemos que temer de los prusianos. Nuestros enemigos son los jueces y los alguaciles. Hasta ahora hemos conseguido burlarnos de ellos. Hoy estamos entre sus garras.

El relój dió las doce.

—¿No quieres recogerte? preguntó á Pedro María Ana acercándose á él y poniéndole la mano sobre el hombro.

—No contestó Pedro. No tengo sueño.

—¿Qué tienes?

—Estoy triste.

—¿Por qué?

—¿Qué será de tí y de Santa el dia que nos arrojen de Penhoet? Los hombres son hombres, y cada cual echará por su camino. Ibo sabe trabajar. Jacobo y Corentin son hábiles cazadores, y yo me puedo levantar la tapa de los sesos antes que entregarme á un trabajo vil. Pero tú, la baronesa de Kerandal

porque eres baronesa, y nuestra hija... Ni tú ni Santa podeis servir á nadie... Sólo tendreis un apoyo en nuestro hijo Cláudio, que, gracias á los conocimientos que está adquiriendo en Vannes, podrá llegar á ser un hombre de provecho... Pero mientras tanto, ¿qué hareis? ¡Sangre y maldicion! Hé aquí cómo terminan los Kerandal, los compañeros de Dugesclin, los iguales de los Rohan, de los Tinteniac y de los Beaumanoir, los amigos de los duques de Bretaña, los valientes del combate de los Treinta. Sirviendo á otros ó pidiendo limosna. Hasta aquí hemos vivido dignamente con los rendimientos de nuestras tierras. La tierra ha sido nuestra madre. Ahora la miseria nos amenaza.

—¿Cuánto debes? preguntó tímidamente María Ana.

—Ochenta mil francos.

—No creí que fuera tanto, repuso la buena mujer dejauo caer la cabeza sobre el pecho. Todo Penhoet apenas vale esa cantidad.

Pedro se estremeció de repente, y murmuró:— ¡Ochenta mil francos!

Y apareció ante sus ojos la cartera de viaje de su pariente Noel.

—Véte á acostar, dijo á María Ana, pasándose la mano por la frente como para ahuyentar un mal pensamiento. Yo no tengo sueño. Si la luna sale, me iré á cazar al bosque.

—¿Cuándo partirá nuestro primo Noel? preguntó María Ana.

—No lo sé. Mañana tal vez al despuntar el día, ó mas tarde.

Y añadió bruscamente:

—¿Qué interés tienes en saberlo?

María Ana dió un beso en la frente á su marido.

—Valor, Pedro, valor, le dijo. Cuanto más unidos, mas fuertes seremos. Tus hijos te aman, yo tambien. Apoyados unos en otros, haremos frente á la miseria.

—Es verdad, la contestó Pedro besándola también en la frente. Adios.

María Ana obedeció como pudiera haberle hecho una esclava.

Pedro la siguió con los ojos hasta que la perdió de vista.

Aquella mujer había sido su única pasión, y todavía ejercia sobre él grande influencia.

Una vez solo, se abismó de nuevo en sus tristes pensamientos.

¿Qué hacer? Esta pregunta no tenía mas que una contestación: nada. Toda la buena voluntad de su mujer y de sus hijos, era insuficiente para encontrar un remedio á la desesperada situación en que se encontraba. La medida se había llenado. Sólo un hombre podía salvarle.

Deslumbrado por dos siglos de proezas y de gloria.

Pedro Kerandal conservaba su antigua fiereza. Se casó con María Ana por no exponerse á una negativa si hubiera mirado mas alto. No se forjaba ilusiones. Un

título nobiliario no tiene valor si no está sostenido por una fortuna. En caso contrario, es ridículo. Además, había recibido una educación medio salvaje, como sus hijos. Era una tradición de la familia la ignorancia. María Ana aceptó su amor con júbilo. Pedro Kerandal, aunque vivía como un aldeano, gozaba de gran autoridad en el país. Llevaba un apellido más, en la época de su casamiento era un gallardo mozo é impresionó fuertemente á la joven aldeana. Después se dejó llevar por la corriente de la vida, y descuidando sus intereses, llegó donde no podía menos de llegar: á la ruina.

La abnegación de María y de sus hijos no podía evitarla.

Pedro logró un día dominar su orgullo, acosado por la justicia, y fué al castillo de Santa Gilda á ver á su opulento primo.

Le expuso su situación. Hasta entonces había luchado; pero la resistencia era ya inútil. Recordó al marqués su origen y le pidió auxilio. El marqués se lo negó seca y lacónicamente. Pedro volvió á su casa con el corazón destrozado y refirió á su mujer y á sus hijos lo que le había sucedido. No había esperanza. La única tabla de salvación con que contaba, se había sumergido en el mar.

Desde aquel día, la situación había ido empeorando.

El reloj dió la una.

Lívido, con las facciones contraídas, se levantó, encendió la linterna y salió de la cocina vacilante como si estuviera borracho.

Al pasar por el salón de retratos, se le figuró que le miraban airadamente sus antecesores.

Llegó por fin á la habitación donde dormía Noel, y se detuvo ante la puerta, aplicando el oído á la cerradura.

V.

La cartera de viaje de Noel

Sólo oyó la acompasada respiración de Noel, que dormía tranquila y confiadamente.

Entonces, abrió la puerta tomando grandes precauciones y la volvió á cerrar del mismo modo.

Dejó la linterna sobre la mesa y se acercó á la cama de su huésped y pariente, cuyas formas huesosas y pronunciadas, parecían, debajo de las mantas, las formas de un cadáver.

Debajo de la almohada en que descansaba su cabeza, echada hácia atrás, estaba la cartera de viaje, tentando con su vista á Pedro.

Aquella cartera contenía el término de sus humillaciones, el reposo de su vida entera y el porvenir de toda su familia.

Puso la mano sobre ella.

Noel seguía durmiendo.

De repente se le figuró que había hecho un movimiento y brilló un rayo en sus ojos.

El ladrón, ante el temor de ser descubierto, se hizo asesino, y agarrotando entre sus manos de hierro el cuello de su víctima, la estranguló sin que hiciera otro movimiento que abrir desmesuradamente los ojos y clavarlos en Pedro de una manera indefinible.

Pedro volvió la cabeza y continuó su obra.

Noel dejó de agitarse, murmurando sus labios dos ó tres palabras de las cuales sólo una oyó distintamente Pedro: Juana.

Entonces el asesino volvió á mirar á su víctima y, después de ponerla la mano sobre el corazón para convencerse de que había dejado de latir, se dirigió hácia la puerta y escuchó.

Sólo se oía el ruido del viento,

Se miró en un espejo y tuvo miedo de sí mismo.

Estaba más pálido que el muerto.

Retrocedió espantado, pero la vista de la cartera de viaje que había puesto sobre la mesa, le recordó la realidad de su situación.

El precio de su crimen estaba allí, al alcance de su mano.

Abrió la cartera y contó los billetes y el oro que al bolcarla sobre la mesa salieron de ella.

Los ochenta mil francos por los cuales había mata-

do á un hombre, á un pariente próximo, á un amigo que se había confiado á su lealtad, estaban completos.

Nadie podía disputárselos ya.

Pero era preciso borrar las huellas del crimen.

Se asomó á la ventana. La luna estaba á punto de desaparecer del horizonte entre las nubes que la envolvían completamente.

La oscuridad era tan grande, que no hubiera podido distinguirse á un hombre á dos pasos de distancia.

Kerandal cogió la cartera de viaje, la ocultó en el fondo de un armario vacío, se dirigió al granero para buscar un saco, echó en él los vestidos del muerto y al mismo muerto, y después de atarlo con una cuerda, se le cargó á la espalda con la misma facilidad que si se tratara de un niño, y bajó á la cuadra.

El caballo estaba echado sobre la paja y dormía profundamente.

Kerandal le despertó dándole una patada en los lomos.

Cuando el padre ó sus dos hijos, Jacobo ó Corentin, mataban en el bosque un jabalí ó un ciervo, iban por el caballo para que condujera el botín de la caza hasta Penhoet.

Pedro unció el caballo al carruaje que habían llevado á Noel á Penoet y depositó en su fondo el cadáver.

El caballo se encabritó como si hubiera presentado

algo siniestro; pero Pedro le tranquilizó, y temeroso de que sus hijos ó su mujer se despertaran, abrió las dos hojas de la puerta, sacó el carruaje al campo y volvió á cerrar.

María Ana se despertó efectivamente y se asomó á la ventana, pero la noche era oscura y no vió nada, oyendo solamente el rodar del carruaje.

El coche atravesó el camino que conducía á las landas.

Ni un alma velaba á aquellas horas, y sin embargo, el asesino temblaba al más leve rumor.

Llegado al centro de las landas, detuvo el carruaje y, después de un momento de vacilación, le hizo entrar en un camino estrecho y tortuoso.

No había andado cien metros, cuando le hizo detener de nuevo.

Desenganchó el caballo, y sacando del fondo del carruaje el fúnebre saco, le cargó con él.

Eran próximamente las cuatro y media de la mañana.

Las cornejas graznaban en las ramas de los árboles y á lo lejos se oían los aullidos de los lobos.

A pesar de su salvaje valor, Pedro estaba trémulo de espanto. No llevaba armas para el caso de que alguien se cruzara en su camino y sorprendiera su secreto. Se le había olvidado este detalle. Pero, en último caso, contaba con su fuerza material para deshacerse de cualquier curioso.

Cogió el caballo de la brida y echó á andar.

Conocía palmo á palmo el bosque.

Cuando llegó al paraje donde debía depositar el cadáver, empezaba á clarear.

De repente se detuvo.

Creó haber oído á corta distancia el ruido de las hojas que chocaban entre sí como si alguien las pisara.

Miró, no vió nada y siguió su camino.

Con una mano iba apartando las ramas que le cerraban el paso y con la otra dirigiendo el caballo.

Llegó por fin á una profunda laguna que había en el centro del bosque y, levantando en peso la fúnebre carga del caballo, la arrojó en medio de las cenagosas aguas.

—Ahora, exclamó lanzando un suspiro, que te busque quien te eche de menos.

En el momento de volver á coger las riendas del caballo para alejarse de aquel sitio de maldición, se le figuró ver una sombra que cruzaba el bosque en dirección contraria á la que él llevaba.

VI.

La sombra.

Al salir del bosque, Pedro se detuvo al pié de un árbol, y empezó á mirar á su alrededor.